

Editorial

Estimados amigos,

En el editorial del número anterior, se hizo referencia a la preocupación de las universidades públicas, por la publicación de la ley que transfiere el pago de remuneraciones por ascenso de categoría de los docentes universitarios a las universidades, mediante la utilización de los recursos directamente recaudados. Si el país se encuentra en un camino de crecimiento económico y disminución de las tasas de pobreza, ¿a qué obedece esta medida?, la sensación es de una política de abandono progresivo de la Universidad pública y por consiguiente abandono al desarrollo de la ciencia, la cultura y los valores.

Las universidades asumen modelos que responden a las necesidades de su país. El profesionalista se consagra en París, ungido por el Emperador en la época de la Revolución Francesa; por lo que reciben el nombre de Universidad Napoleónica. Mientras que el modelo científico nace en Alemania bajo el ideario de Wilhelm Von Humboldt quien funda la Universidad de Berlín, su enfoque a la enseñanza y la investigación, sirvió de modelo durante el siglo XIX a instituciones como la Universidad Johns Hopkins, Universidad Harvard, Duke o la Universidad Cornell. Las universidades científicas planifican con visión de futuro, mientras que las profesionalistas están sujetas a la ley del mercado. Nuestro país adoptó el modelo profesionalista, se abandonaron los laboratorios y proliferaron los servicios, sin embargo se fue incubando el declive tecnológico industrial. Hoy, los países que continuaron sin tregua la investigación científica y tecnológica, son los que crecen; mientras que los otros conocen problemas de empleo y recesión. China y Alemania son los que han impulsado la Ciencia y la tecnología, y están demostrando tener mayor estabilidad. ¿Por qué esta reflexión hoy?, porque el Gobierno Peruano aún no asume una posición clara de impulsar el modelo de una Universidad Científica.

Otro aspecto es la preocupación por la amenaza del resurgimiento del terrorismo, y el deslinde claro de la Universidad con tendencias de esta naturaleza expresado en los pronunciamientos y marchas en las que estamos participando. Recordemos el fragmento de la historia que estamos obligados no olvidar referente a las dos décadas finales del siglo XX, una marca de horror y de deshonra para el estado y la sociedad peruana. El terror, la muerte, la amenaza, emergió en las zonas rurales, llegando luego a las urbanas, mucha gente inocente sucumbía y desaparecía en su camino, niños y niñas capturados para que sean sus soldados, asesinatos selectivos de dirigentes como María Elena Moyano, entre los meses de enero a julio de 1992, treinta y siete coches bomba estallaron en Lima Metropolitana, dejando aproximadamente cincuenta muertos.

El evento que sacudió Lima fue el atentado de la calle Tarata del distrito de Miraflores, por la explosión de un coche bomba con cuatrocientos kilos de explosivos ocasionando la muerte de veinticinco personas, ciento cincuentaicinco heridos, cinco desaparecidos y destrucción de varios edificios entre viviendas y locales comerciales a trescientos metros alrededor. Entre las víctimas estuvo Pedro Cava Arangoitia, joven odontólogo de veintisiete años de edad, de nuestra facultad que había terminado de atender a sus pacientes. Nuestra Facultad de Odontología tiene más víctimas que perdieron la vida en el transcurso de la violencia, entre ellas un interno que hacía sus prácticas en la zona de la Merced en Junín.

La historia del Perú registra una verdad muy dura, penosa que no se debe olvidar por más hiriente que sea el recuerdo.

Un país que olvida su historia está condenado a repetirla.....

Mg. Marieta Petkova Gueorguieva

DIRECTORA DE LA REVISTA